

TRADICIÓN CLÁSICA Y MITOS EN LA POESÍA CUBANA DEL SIGLO XIX

Ángel Ruiz Pérez
Universidad de Santiago
angel.ruiz@usc.es

RESUMEN

Estudio de mitos y motivos de la antigüedad clásica en la poesía de los principales poetas cubanos del siglo XIX (José María Heredia, Juan Clemente Zenea, Enrique José Varona, Julián del Casal y sobre todo José Martí). Se observa la importancia del arte como tema y como fuente de relación con el mundo antiguo y sobre todo, la centralidad de las cuestiones políticas, por lo que se repite la mención de figuras como Prometeo o Laocoonte.

PALABRAS CLAVE: Tradición Clásica, Poesía cubana del XIX, José Martí, Prometeo, Laocoonte.

CLASSICAL TRADITION AND MYTHS IN 19TH CENTURY CUBAN POETRY

ABSTRACT

Study of myths and motifs of classical antiquity in the poetry of some important Cuban poets of the 19th century (José María Heredia, Juan Clemente Zenea, Enrique José Varona, Julián del Casal and especially José Martí). The importance of art as a subject and as a way of connecting with the ancient world and above all, the centrality of political issues are key aspects that explain the repeated presence of Prometheus and Laocoon.

KEYWORDS: Classical Tradition, 19th century Cuban poetry, José Martí, Prometheus, Laocoon.

El rastreo de la tradición clásica en la poesía cubana del siglo XIX, que quiero dedicar al profesor Ángel Martínez Fernández con ocasión de su jubilación, da resultados magros, aunque interesantes, habitualmente mediados por la tradición neoclásica y romántica, principalmente de origen español o francés, y con una sorprendente importancia del arte antiguo.

Estamos lejos de la estética poética de ese siglo, que en España casi sólo merece ser recordada por poetas aislados, aunque sean de la categoría de Bécquer o Rosalía de Castro; y algún paralelismo tiene ello con Cuba, donde composiciones aisladas son lo único que puede salvarse del naufragio. A muchos de estos poetas lo mejor que les puede pasar es que se conserven en antologías que dejen en respetuoso olvido la mayoría de su obra, quizá con la excepción de Martí, que, como muchos de los otros poetas que revisaremos, pervive también por motivos extraliterarios,

DOI: <https://doi.org/10.25145/j.fortunat.2020.32.44>

FORTVNATAE, N° 32; 2020 (2), pp. 683-694; ISSN: 1131-6810 / e-2530-8343



por su importancia en relación con el proceso de independencia de su isla de la corona de España.

1. JOSÉ MARÍA HEREDIA

Menéndez Pelayo destacaba, en su repaso de la poesía cubana, a José María Heredia (1803-1839), de familia dominicana pero nacido en Cuba y ligado íntimamente a ella, a pesar de que, primero por el trabajo de su padre y luego por sus ideas políticas, pasara muy pocos años en ella.

Es un poeta a caballo entre el mundo neoclásico y romántico; sus biógrafos elogian su facilidad poética desde niño y sus méritos en latín, que servirían para justificar una influencia de Virgilio y Horacio en su obra; aunque Alemany (2004: 18-19) habla de algunas traducciones de Virgilio y de la existencia en su biblioteca de textos de bastantes autores clásicos, mi impresión es que habría que rebajar mucho ese clasicismo precoz: la impresión que da Heredia es la de una persona bien educada para los estándares de su época, pero poco más. Excesivo es también el epíteto que recibí de «Tirteo cubano», salvo si se le admira en un contexto de retórica grandilocuente decimonónica; patriótico quizá, Tirteo no se es tan fácilmente.

Un ejemplo es su poema *A los griegos en 1821* (Alemany, 2004: 89-94), donde clama por la libertad de Grecia invocando su lucha contra los persas en la batalla de Maratón. Se puede citar, a modo de ejemplo, unos versos no muy políticamente correctos (Alemany, 2004: 89, vv. 22-26):

¡Tierra de semidioses! ¿Cómo pudo
cargarte el musulman la vil cadena,
que cuatro siglos mísera sufriste?
raza degenerada,
¿no el nombre de Leónidas oíste?

De ahí pasa a un lamento por las ruinas y a la queja por el poco apoyo de los soberanos europeos. Para Menéndez Pelayo (1948: 235) es clara una influencia general de Byron.

Su clasicismo es poco más que una pose salpicada de referencias generales. En otro poema, titulado *Poesía* (quizá de 1823: Alemany, 2004: 147-151) menciona a un «genio» de la poesía (Alemany, 2004: 149, cuarta estrofa) que:

...blando
con Anacreón y Tibulo y Meléndez
del deleite amoroso nos inspira
la languidez dulcísimo: o tronando
nos arrebató en Píndaro y Herrera
y el ilustre Quintana, a las alturas
de la virtud sublime y de la gloria.

Produce cierto rubor la igualación de Anacreonte y Tibulo con Meléndez o la de Píndaro con Quintana. Son poemas de juventud, exaltados en el tono, pero para nosotros banales fuera de su contexto próximo. Más adelante, en 1832, escribió



un poema titulado *Atenas y Palmira* (Alemany, 2004: 261-2), en el que la alabanza de Atenas, resplandeciente en la luz, se opone a la visión en el crepúsculo de las ruinas de Palmira, mucho más valiosa para el poeta: y otra vez estamos en la alabanza de las ruinas. En muchos de sus poemas se multiplican los «Céfiros» y «Febos», en una repetición que resulta algo molesta. Si es recordado no es por estos poemas, sino por su posición política y por otros poemas como *Niágara*, más intensos y vivos que los demás, aunque en la misma tónica.

2. JUAN CLEMENTE ZENEA

De la siguiente generación es Juan Clemente Zenea (1832-1871), que comparte con Heredia su independentismo, pero con una diferencia no pequeña: él murió fusilado. Sólo menciono un soneto (Zenea, 1989: 146) que, con un tono genérico que recuerda –si nos ponemos benévolo– al Tirteo que alababa la patria y recordaba el dolor del exilio –aunque como amenaza para cobardes– y algo al ideal horaciano (seguramente más inconsciente que premeditado), creo que se salva en parte, a pesar de sus defectos:

Dichoso el hombre que sensible y tierno
En la heredad de su familia espera,
Poder sembrar el grano en primavera
Y recoger el fruto en el invierno.

Dichoso aquel que con placer interno
Celebrando la boda placentera,
Elige por esposa y compañera
Una vecina del hogar paterno.

¡Mas ¡ay! del triste a quien la fiebre abrasa
Y en tierra extraña suspirando siente
Que muere el alma en eternal desmayo!

¡Oh! ¿transportadme a mi paterna casa
Y allí dejadme calentar la frente
Del sol de Cuba al abrasante rayo!

Podemos reprocharle frases banales como «placer interno», «la boda placentera» o «esposa y compañera». Quizá el trasfondo biográfico de su vida, de exiliado, nos hace mirar con algo de simpatía el poema, a pesar de esos defectos.

3. ENRIQUE JOSÉ VARONA

Más joven que los dos anteriores y de vida mucho más prolongada es Enrique José Varona (1849-1933), algo que le permitió influir en los planes de educación, aunque paradójicamente fomentando los estudios modernos frente a los clásicos



(Miranda, 2003: 21). Su poesía está también a caballo del neoclasicismo (asumido en su juventud cuando este ya era un movimiento muerto hacía tiempo) y el romanticismo, hasta llegar por último a un tipo de poesía conversacional que se puede relacionar con poetas como Campoamor.

Su primer libro, *Odas anacreónticas*, lo publica con 19 años. En el prólogo (Rocasolano, 1983: 12) señalaba sus autores predilectos: Horacio y Catulo, Esteban Manuel de Villegas, Moratín y Meléndez Valdés. Es un libro de buen tono medio. Por ejemplo la Oda IV. *De mi lira*, es una traducción de la anacreóntica 23 (Rocasolano, 1983: 36):

Quiero de los Atridas,
De Cadmo cantar quiero,
Mas ¡ah! con Amor solo
Resuena mi instrumento.

Ya remudo las cuerdas,
Ya la cítara trueco;
Hercúlea lucha canto;
Amor replica el nervio.

Héroes, en adelante
Por mí gozad sosiego.
Que ya mi lira sólo
Al Amor da sus versos

No deja de tener interés el modo en que, realizando una traducción en conjunto ajustada, le da un tono personal. Por lo demás, el resto de poemas, en esa línea anacreóntica, es de factura correcta; hay algún destello, pero en conjunto poca vida. Una oda báquica (XIV. *Del vino* p. 49-50) puede servirnos de ejemplo de otro poema:

Del mirto la fragancia,
Del oro los reflejos,
Del Hibla los panales,
De Citeres el fuego,

Las risas de las Gracias,
Las danzas de Sileno,
De Apolo las canciones,
La quietud de Morfeo,

¡Y todo en este jarro!
Pues ¡ea! compañeros,
Hasta mirar el fondo
Un punto no cesemos.

Es un poema prescindible, ni bueno ni malo, aunque testimonio del interés que para él tiene la poesía anacreóntica en su primera etapa.



Sus siguientes poemas ya abren otro tono, más exaltado –y más ripioso–: adjetivos por doquier, fórmulas ya manidas, un conjunto que difícilmente supera su época. Hay algún poema de trasfondo clásico, como *Herculano* (de 1873): el espectador cruel, que está divirtiéndose con las muertes en la arena, muere a su vez con la erupción del volcán (II, 6 p. 66):

Abrevándose en la sangre
La suya siente cuajar,
A medida que se acerca
El torbellino infernal.

El poema acaba así: «Ay de los pueblos que duermen / Junto al cráter de un volcán!» (Rocasolano, 1983: 66; II, 10), que podría entenderse en clave política. Similar es *El foro de Roma*, de 1876 (Rocasolano, 1983: 93-94), del mismo libro (*Poetas*, publicado en 1878), con esa estética de las ruinas que ya hemos visto antes y que tan extraña debería de ser para poetas de una isla como Cuba, sin testimonios del pasado de una civilización fenecida:

Por este arco de triunfo carcomido
Pasó el genio del Lacio armipotente,
Llevando en hombros de infinita gente
Los despojos del orbe sometido.

Los adjetivos se multiplican, algunos quizá con pretensiones de arqueología ('armipotente'). Decididamente, no le cuadran a Varona los tonos exaltados. El poema acaba así:

¡Y aquí yaces! Y suena en la ancha plaza,
Aviso eterno a pensamientos vanos,
De tu sombra de piedra la amenaza.

A pesar de la poca originalidad y su escasa fuerza, el poema es de los más salvables de su producción. Mucho mejor es un soneto de 1878, *Laoconte*, que tiene su referente en la *Eneida*, II, 203-227 (Varona lo marca citando en la entrada *horresco referens*):

Tus férreos miembros hórrido y arcano
Monstruo constriñe, respirando llamas;
Soberbio te alzas y al dolor te inflamas;
Con esfuerzo resistes sobrehumano.

Floja se escurre tu nervosa mano
Al flexible ondular de sus escamas;
Triple coraje en tu socorro llamas,
Y a la rabiosa lid tornas en vano.

Ya una rodilla postras, sanguinoso
El rostro nublas, caes quebrantado,
Y aún resuena tu acento poderoso:



«Rompa, rompa tu dardo emponzoñado
Este pecho ni inerme, ni medroso.
Me toca sucumbir, ¡pero he luchado!».

4. JULIÁN DEL CASAL

También de la segunda mitad del XIX es Julián del Casal (1863-1893), que sólo se acerca a la tradición clásica en una serie de poemas titulada *Mi Museo ideal* (233-247, son de 1891), una descripción de una serie de cuadros, casi todos de Gustave Moreau, con el que compartió correspondencia y el mismo gusto decadente y barroco. Uno, dedicado a un cuadro sobre Prometeo (que tiene un antecedente, diez años antes en *Las Océánidas*, sobre el mismo personaje mítico), lo comentó la profesora Miranda (1983), resaltando su filiación byroniana. Es significativo el título: “Prometeo (cuadro de Gustave Moreau)”, que comenta esta estudiosa señalando que aquí, más que el mito, importa la descripción de un cuadro, llena de estatismo. Yo me voy a centrar, como prueba de su escaso conocimiento de los clásicos, en uno de los sonetos (*Una peri*), donde confunde un cuadro titulado así con otro titulado *Sappho se precipitant dans la mer*, sin darse cuenta de su error:

Sobre alto promontorio en que dardea
la aurora sus reflejos de topacio,
pálida el rostro y el cabello lacio,
blanca Peri su cuerpo balancea.

Al claro brillo de la luz febea
aléjase del célico palacio,
abrazada a su lira en el espacio,
retratada en la fúlgida marea.

Y al descender en silencioso giro,
como visión lumínica de plata,
ansiosa de encontrar a la Desdicha,

vaga en sus labios lánguido suspiro
y en sus violáceos ojos se retrata
el cansancio infinito de la dicha.

5. JOSÉ MARTÍ

La figura más destacada de la poesía cubana es José Martí (1853-1895), que también ha merecido la atención de los estudiosos del mundo clásico, sobre todo con los trabajos de Miranda Cancela y también los de Carbón Sierra; en uno de esta última (1999a) recopila las citas (por lo demás bastante típicas) que hace Martí de *El arte poética* de Horacio, en lo que muestra una gran cercanía con escritores de la metrópolis que estudiaron en los mismos años que él durante su exilio



español, como Clarín o Galdós. Sería interesante un estudio desde esa óptica como el dirigido por García Jurado (2005), pues conservamos en el volumen 21 de sus obras completas unos apuntes de sus clases en Zaragoza, con detalles sobre sus profesores, las materias que cursó, cuadros de paradigmas gramaticales y algunas traducciones, muy escolares por otra parte. En la p. 74 detalla lo que estudió en varias asignaturas de griego:

1er. a griego –Cabañero, Villar y Bel, Verbos contractos en -εω y -αω. Verbos, Hijo pródigo.

Literatura griega –Villar, Cabañero y Bel. Genio griego. Genio ático y sus conquistas en la edad de oro.

2do. a griego –Villar, Cabañero y Bel – Anacreóntica.

La propia Carbón Sierra, en otro trabajo (1999b: 115) describió ya los estudios clásicos de Martí; en Cuba hasta tercero de bachillerato cursa *Gramática latina, Ejercicios de análisis y traducción latina, Rudimentos de griego y Ejercicios de traducción de lengua griega*. Es deportado a España con 15 años por sus actividades políticas y primero en Madrid y luego en Zaragoza concluye por libre el bachillerato y cursa Filosofía y Letras y Derecho. Hace ejercicios y traducciones de fábulas de Esopo, de *Los trabajos y los días* de Hesíodo y de las *Anacreónticas* (los estudia Miranda, 2003: 63-79). Carbón recoge varias menciones en la enorme obra de Martí favorables a la literatura clásica (1999b: 118-9, con citas de sus *Obras Completas*, vol. 8, p. 429, sobre el placer de la lectura de los autores clásicos en el original; *Obras Completas* vol. 13, p. 457-8 sobre el interés de las lenguas clásicas para las etimologías, aunque con cierto despego: “ver entrañas ilustra”, afirma), aunque también hay muestras de la ambivalencia de su relación con las lenguas clásicas; un ejemplo puede ser otro pasaje citado por Carbón Sierra (1999b: 119, de *Obras Completas*, vol. 13, p. 358):

Los del oficio literario, apréndanlo todo, porque no hay goce como leer a Homero en el original, que es como abrir los ojos a la mañana del mundo, ni lectura que beneficie más que la de Catulo elegante, por lo ordenado y preciso, o la de Horacio, el maestro del reposo. Pero para vivir, apréndase lo vivo en las lenguas vivas, donde se contiene hoy lo viejo y lo nuevo, y no en las muertas, donde sólo lo viejo está, que es menos de lo que se debe aprender, y lo que menos importa, pues fuera de las curiosidades de aquellos tiempos de Lesbias y Falernos, y la certeza de que siempre fue igual a sí propio el hombre y no valernos hoy menos, ni mucho más que los romanos, ¿qué aprende de veras, con aprenderse todo Plinio y todo Ennio?

A comparar con imparcialidad, a observar por sí, y a decir con orden, vigor y música, es lo que se ha de aprender; y eso no viene de una literatura sola, o de ella y sus ramajes y renacimientos, sino de ponerse fuera de ellas, y estudiarlas con mente judicial a todas.

También Hualde (1999, 372-3) ha recordado cómo Martí prefiere la traducción de Leconte de Lisle a la de Hermsilla (alabada por Valera y Menéndez Pelayo) por sus afinidades poéticas con el parnasianismo; en sus ideas reformistas, Martí prefiere que se enseñe lenguas modernas a los niños: su ideal es una enseñanza generalista y «utilitaria», y mira a Francia, no hacia Grecia. Atención se ha prestado también a su resumen de la *Iliada* para niños (Hualde, 2000).



Si vamos a su poesía, encontraremos ideales generales que ha resumido Morales en su edición (1995: 11-14): panenteísmo (por influencia del krausismo), deseo de unión con el todo, aspiración a la unidad, en las que se puede llegar a ver un cierto estoicismo, un cierto platonismo, o mejor, una ideario algo vago de raíces clásicas pasado por la filosofía de su época.

Un ejemplo es *Pollice verso* (*Memoria de presidio*), poema de *Versos libres*, de en torno a 1882 (Morales, 1995: 90, v. 35 ss.):

La vida es grave, —
Porción del Universo, frase unida
A frase colosal, sierva ligada
A un carro de oro, que a los ojos mismos
De los que arrastra en rápida carrera
Ocúltase en el áureo polvo, —sierva
Con escondidas riendas ponderosas
A la incansable eternidad atada!
Circo la tierra es, como el Romano;
Y junto a cada cuna una invisible
Panoplia al hombre aguarda, donde lucen
Cual daga cruel que hiera al que la blande,
Los vicios, y cual límpidos escudos
Las virtudes: la vida es la ancha arena,
Y los hombres esclavos gladiadores,—
Mas el pueblo y el rey, callados miran
De grada excelsa, en la desierta sombra.
Pero miran! Y aquel que en la contienda
Bajó el escudo, o lo dejó de lado,
O suplicó cobarde, o abrió el pecho
Laxo y servil a la enconosa daga
Del enemigo, las vestales rudas
Desde el sitio de la implacable piedra
Condenan a morir *pollice verso*,
Y hasta el pomo ruin la daga hundida,
Al flojo gladiador clava en la arena.

La unidad del todo, estoica al final, se recrea en un marco romano y con un fin político: animar en la lucha para salir de la esclavitud.

Similar es *Yugo y estrella* (Morales, 1995: 110), del mismo libro: ser buey, ser estrella, son las dos alternativas. Habla la madre:

De mí y de la Creación suma y reflejo,
Pez que en ave y corcel y hombre se torna (vv. 3-4)

(... [Le plantea dos posibilidades: el yugo y la estrella])

Pero el hombre que al buey sin pena imita,
Buey vuelve a ser, y en apagado bruto
La escala universal de nuevo empieza.
El que la estrella sin temor se ciñe,
Como que crea, crece! (vv. 18-22)



Recuerda algo a los presocráticos, por ejemplo a los versos de Empédocles sobre las diferentes fases de sus reencarnaciones (DK F 117) y al platonismo, en esa aspiración hacia arriba. Sin embargo, al final del poema él elige el yugo, para que se vea más alta la estrella, con lo que un ideal de redención, en último término cristiano, crea una extraña síntesis, por lo demás general en toda su obra.

El ideal clásico lo encuentra a su alrededor, en los trabajadores, en los pobres, que quedan por encima de los grandes personajes del pasado. Así en *Estrofa nueva* (de *Versos libres*, ¿1882?; Morales, 1995: 118, v. 36-40):

Los niños, versos vivos, los heroicos
Y pálidos ancianos, los oscuros
Hornos donde en bridón o tritón truecan
Los hombres victoriosos las montañas
Astíanax son y Andrómaca mejores,
Mejores, sí, que los del viejo Homero.

También en otro lugar (*De versos sencillos*, II, primera estrofa, 1891; Morales, 1995: 168) encontramos una gradación en la que la actualidad, la vida, supera al pasado:

Yo sé de Egipto y Nigricia [=Sudán]
Y de Persia y Xenophonte [=Jenofonte],
Y prefiero la caricia
Del aire fresco del monte.

Otro ejemplo de esta vuelta a lo actual, a lo vivo, a lo presente, lo encontramos en *Siempre que hundo la mente en libros graves* (*De Flores del destierro*, 1878-1895; Morales, 1995: 243)

Siempre que hundo la mente en libros graves
La saco con un haz de luz de aurora:
Yo percibo los hilos, la juntura,
La flor del Universo: yo pronuncio
Pronta a nacer una inmortal poesía.
No de dioses de altar ni libros viejos,
No de flores de Grecia, repintadas
Con menjurjes de moda, no con rastros
De rastros, no con lívidos despojos
Se amasará de las edades muertas:
Sino de las entrañas exploradas
Del Universo, surgirá radiante
Con la luz y las gracias de la vida.
Para vencer, combatirá primero:
E inundará de luz, como la aurora.—

Más valor que estas comparaciones un poco sofisticadas tiene la presencia de lo clásico por medio de imágenes. Un buen ejemplo es un pasaje del poema *Vino*



de *Chianti* (*De Flores del destierro*, 1878-1895; Morales 1995: 208), donde Laocoonte, mejor que en Varona, se convierte en expresión de una situación vital:

Yo sólo sé de amor. Tiemblo espantado
Cuando, como culebras, las pasiones
Del hombre envuelven tercas mi rodilla;
Cíñen mis muslos, y echan a mis alas,—
Lucha pueril, las lívidas cabezas:—

También se puede encontrar la recreación de un tópico horaciano en *Oh nave, oh pobre nave* (*De Flores del destierro*, 1878-1895; Morales, 1995: 219):

Oh nave, oh pobre nave:
Pusiste al cielo el rumbo, engaño grave!—
Y andando por mar seco
Con estrépito horrendo diste en hueco!
Castiga así la tierra a quien la olvida
Y a quien la vida burla, hunde en la vida:
Bien solitario estoy, y bien desnudo,
Pero en tu pecho, oh niño, está mi escudo.

El amor a su hijo, tema principal de su primer libro de poemas, *Ismaelillo*, se convierte en el escudo que le defiende de los embates de la vida, a través de la imagen de la nave, pero aquí con expresión que se ha apropiado la imagen clásica.

Por último quiero volver a su época en España (1871-1874); hay por ejemplo un poema patriótico a lo Calino (Morales, 1995: 274, v. 16-24)

¿Qué esperan los valientes y esforzados
jóvenes arrojados?
¿Qué esperan, pues, que al campo no se lanzan
E indomables guerreros
Por la patria a morir no se abalanzan?
¡Corred! ¡Luchad! ¡Venced! y ante las aras
De la patria oprimida,
Despedazad el yugo que la infama
O dejad a sus plantas vuestra vida!

Más valioso es otro poema también de su estancia en España (Morales, 1995: 276-7), con una hermosa imagen de sí mismo como Prometeo y el buitre (no águila) que le devora:

Dolor!, Dolor! eterna vida mía,
Ser de mi ser, sin cuyo aliento muero!

Goce en buena hora espíritu mezquino
Al son del baile animador, y prenda
Su alma en las flores que el flotante lino
De mujeres bellísimas engasta;—



Goce en buena hora, y su cerebro enciende
En la rojiza lumbre de la incasta
Hoguera del deseo;—

Yo, —embriagado en mis penas, —me devoro,
Y mis miserias lloro,

Y buitre de mí mismo me levanto,
Y me hiero y me curo con mi canto,
Buitre a la vez que altivo Prometeo.—

Concluyo con un breve poema (de *Poemas sueltos*, Morales, 1995: 406), que realiza una hermosa actualización del mito de Hero y Leandro:

Leandro, es el hombre. Y Heros, la dormida.—
La dicha—al otro lado de la vida!

6. A MODO DE CONCLUSIÓN

Aunque este repaso a estos poetas cubanos del siglo XIX diste de ser complaciente, es útil por cuanto permite observar influencias en la poesía cubana de largo recorrido: la importancia del aliento patriótico (y de ahí los ecos de Calino o Tirteo y el recurso a figuras del mito como Prometeo o Laocoonte), el valor del arte para la literatura (seguramente por la filiación parnasiana de parte de los poetas que recogemos aquí) y la tensión entre el Nuevo Mundo y el antiguo. La valoración de la tradición clásica en la isla, sobre todo con la figura destacada de Martí, no deja de servir de luz para valorar mejor aspectos que serán decisivos en la literatura cubana posterior.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALEMANY BAY, Carmen (ed.) (2004): *José María Heredia, Poesía completa*, Verbum, Madrid.
- BELLINI, Giuseppe (1997): *Nueva historia de la literatura hispanoamericana*, Castalia, Madrid.
- CARBÓN SIERRA, Amaury B. (1999a): «El *Arte Poética* de Horacio en José Martí», en M^a Consuelo ALVAREZ MORÁN - Rosa M^a IGLESIAS MONTIEL (eds.), *Contemporaneidad de los clásicos en el umbral del tercer milenio. Actas del Congreso Internacional Contemporaneidad de los Clásicos. La Tradición Greco-latina ante el Siglo XXI (La Habana, 1 a 5 de diciembre de 1998)*, Universidad de Murcia, Murcia, pp. 3-8.
- CARBÓN SIERRA, Amaury B. (1999b): «José Martí y su apropiación de los clásicos grecolatinos», en José Vicente BAÑULS OLLER - Juan SÁNCHEZ MÉNDEZ - Julia SANMARTÍN SÁEZ (eds.), *Literatura iberoamericana y tradición clásica. Congreso Internacional de Literatura Iberoamericana y Tradición Clásica*, Universidad de Barcelona - Universidad de Valencia, Barcelona, pp. 115-119.
- FIGUEROA, Esperanza (ed.) (1993): *Julián del Casal. Poesías completas y pequeños poemas en prosa en orden cronológico*, Madrid, Ediciones Universal, Miami.
- GARCÍA JURADO, Francisco (comp.) (2005): *La historia de la literatura grecolatina en el siglo XIX español. Espacio social y literario*, Universidad de Málaga, Málaga.



- HUALDE PASCUAL, Pilar (1999): «Las traducciones de Homero en los ss. XIX y XX en España e Iberoamérica: de Hermosilla a Leconte de Lisle», en M^a Consuelo ALVAREZ MORÁN - Rosa M^a IGLESIAS MONTIEL (eds.), *Contemporaneidad de los clásicos en el umbral del tercer milenio. Actas del Congreso Internacional Contemporaneidad de los Clásicos. La Tradición Greco-latina ante el Siglo XXI (La Habana, 1 a 5 de diciembre de 1998)*, Universidad de Murcia, Murcia, pp. 369-377.
- HUALDE PASCUAL, Pilar (2000): «Soñaba con los héroes de la *Iliada*. La obra de Homero en la literatura infantil española de tema clásico (1878-1936)», *EClés* 118: 69-94.
- MARTÍ, José (1991): *Obras completas. 21. Cuadernos de apuntes*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino (1948): «Cuba», en *Historia de la poesía hispanoamericana 1*, Madrid, pp. 209-86.
- MIRANDA CANCELA, Elina (1983): «Prometeo en Julián del Casal», *Erytheia* 3: 15-28.
- MIRANDA CANCELA, Elina (2003): *La tradición helénica en Cuba*, Editorial Arte y Literatura, La Habana.
- MORALES, Carlos Javier (1995): *José Martí. Poesía completa*, Alianza, Madrid.
- ROCASOLANO, Alberto (ed.) (1983): *Enrique José Varona. Poesías escogidas*, Editorial Letras Cubanas, La Habana.
- ZENEA, Juan Clemente (1989): *Poesía*, Editorial Letras Cubanas, La Habana.

